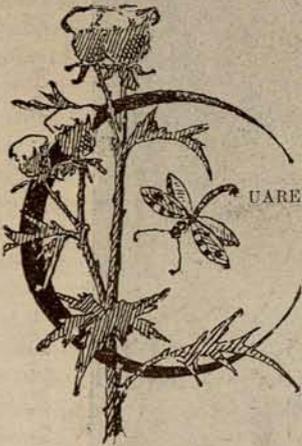


UNA FAMILIA FELIZ.—CUADRO DE J. ADAM.

HISTORIA QUE PARECE NOVELA



I.

CUARENTA años há era Rosa Álvarez la muchacha más linda y más honrada del barrio de Maravillas.

Había quedado huérfana de padre y madre en temprana edad, dándole excelente educación moral y cristiana una tía suya, que acababa de bajar

también al sepulcro cuando comienza esta narración.

Estaba, pues, sola en el mundo la pobre doncella, sin más recursos que su trabajo, sin más defensa que su propia virtud.

Esta era, empero, suficiente para tener á raya á los ociosos y á los libertinos, que no tardaron en perseguirla, viéndola de todo punto desamparada.

Rosa habitaba una guardilla en un gran edificio de la calle de Fuencarral, cuyo primer piso servía de vivienda á un personaje político importante, siendo ayuda de cámara suyo un muchacho de cortos años, pero de arrogante figura, llamado Leonardo Sánchez.

Los dos vecinos se encontraban frecuentemente en el portal y en la escalera, cambiando primero un saludo, después algunas palabras; más tarde conversación detenida, en la que el mancebo acabó por declararle sus sentimientos, no mal acogidos por la humilde planchadora:—porque este era el oficio de la huérfana, aprendido de su tía, que debía á él sus únicos medios de subsistencia, y lo enseñó cuidadosamente á la querida sobrina.

Conservó, pues, Rosa la parroquia de la difunta, y la aumentó algo, merced á la perfección con que desempeñaba el trabajo, siendo igualmente hábil para las camisas masculinas que para los cuellos, mangas y demás adornos femeninos.

Un día con otro ganaba Rosa hasta dos pesetas, siendo lo suficiente para todas sus necesidades, y hasta para ahorrar un par de duros al mes.

Leonardo era también listo y formal, habiendo conseguido

el afecto de su amo, ex ministro de Fomento, y aspirante á un gran destino en la Isla de Cuba, donde se prometía hacer un buen capital en poco tiempo.

No tardó en ver realizados sus deseos, y entonces exigió de su ayuda de cámara que le acompañase á la Habana, puesto que carecía de familia y estaba satisfecho de la actividad y diligencia del sirviente.

—Allí te proporcionaré un destinillo; tú eres trabajador y juicioso, y en pocos años, en pocos meses, habrás hecho algunos ahorros que te permitirán, al regresar á España, hacer una vida cómoda é independiente.

Leonardo participó á Rosa las proposiciones de su amo, manifestándose dispuesto á aceptarlas.

Rosa lloró mucho; pero su entendimiento y su conciencia la inducían á no oponerse á los planes del que la había jurado amor eterno.

—Un par de años se pasan pronto—decía aquél para consolarla:—estoy tan seguro de tu constancia, de tu fidelidad, como tú puedes estarlo de las mias.

El señor me aprecia mucho y cumplirá cuanto me ha prometido; y al cabo de ese tiempo volveré de América con un capitalito que nos permitirá establecer un comercio cualquiera y vivir con cierto desahogo.

II.

Rosa no se atrevió á resistir á los descos, á la voluntad de su novio; viéndole ausentarse llena de amargura, aunque con plena confianza en sus promesas y juramentos.

Consolábanla las epístolas de Leonardo, quien desde el principio la escribía todos los correos.

Pronto supo que D. Luis de Mendoza, el amo de aquél, había cumplido fielmente lo ofrecido: el ayuda de cámara, sin dejar de serlo, desempeñaba las funciones de ordenanza en la oficina de su señor; disfrutando un sueldo regular, cuya mayor parte depositaba en la Caja de Ahorros: al cabo de pocos meses éstos representaban la suma de quinientas pesetas.



«En cuanto tenga siquiera veinte mil reales —decía— regresaré á España, y nos casaremos.»

Pero ¡ay! tantas y tan risueñas esperanzas se desvanecieron trágicamente: la horrible fiebre amarilla, que tantas víctimas hace en aquellas regiones, dejó sin vida en breve plazo á D. Luis de Mendoza; y faltándole su protección, no tardó en ser despojado de su modesto empleo el infeliz Leonardo.

Encontróse éste en un país extraño, sin relaciones, sin más recursos que sus quinientas pesetas, cuya mayor parte emplearía en los gastos del regreso á Madrid.

La situación sería entonces la misma de antes: tornaría á

buscar acomodo; á vivir con un salario mezquino, que no le permitiría llevar á cabo sus deseos.

Después de reflexionar mucho, tomó una resolución definitiva: la de permanecer algún tiempo en América; tratar de hacer fortuna, allí donde esto parece tan fácil.

Sus tentativas fueron infructuosas: sin amigos, sin protectores, no consiguió nada, gastando en pocos meses sus miserables economías.

Vióse obligado á ponerse á servir de nu vo, no renunciando por eso á la esperanza de obtener ventajosa colocación en alguna oficina ó en un ingenio.

Mientras tanto Rosa continuaba planchando, sin descon-

fiar un momento de ver realizado el sueño acariciado por los dos.

Las cartas de Leonardo venían á menudo á destruir sus ilusiones y á hacerla derramar abundantes lágrimas: de nada le servían su asiduidad ni su honradez; de nada los buenos servicios que prestaba á sus amos: éstos, por esta causa quizá, no querían privarse de ellos, y le entretenían con promesas nunca cumplidas.

Así transcurrieron los meses y los años, siendo el único consuelo de los amantes su recíproca constancia.

III.

La correspondencia entre Rosa y Leonardo no se interrumpía: unas veces era frecuente, otras se retrasaba.

Ya el mozo, que se iba haciendo viejo, escribía lleno de esperanzas, que se convertían poco después en ilusiones: ya hablaba de sueños venturosos, pronto desvanecidos: ya un largo silencio llenaba de inquietud á su amada, creyéndole producido por algún suceso infausto, por la muerte quizás.

Pero al cabo de cierto tiempo llegaba una misiva explicando aquel silencio, atribuyéndolo á ocupaciones perentorias, á imperiosos deberes.

Rosa tenía tanta fe en el cariño del ausente, que sus temores no se convertían en dudas jamás.

Entretanto continuaba su existencia agitada y trabajosa: felizmente su salud no se resentía de aquella labor constante: había adquirido fama de hábil, y su parroquia aumentaba diariamente: á veces, para cumplir sus compromisos, tenía que velar hasta las altas horas de la noche: á veces carecía de descanso aun los domingos.

Pero poco á poco, lentamente, iba juntando en una hucha lo que le sobraba de sus gastos indispensables.

Porque no se permitía cosa alguna superflua: cubiertas sus modestas necesidades, el resto lo destinaba al porvenir.

En ocasiones se lo había escrito á Leonardo:

«No te apures—le decía en sus cartas:—si tú no consigues ahí nada; si pierdes toda probabilidad de lograr lo que deseas, vente acá: tengo algún dinerillo, y con él podremos hacer los gastos de la boda y buscar tú alguna colocación.»

Pero á Leonardo se le había despertado la ambición.

—¡Tornar á la patria—pensaba—tan pobre y tan miserable como cuando la abandoné! ¡No se reirían todos poco de mí!

Y el amor propio era más poderoso que el amor á Rosa, y le inducía á proseguir sus estériles esfuerzos para mejorar de fortuna y de condición.

IV.

Así transcurrieron muchos años: durante dos ó tres, la triste planchadora no tuvo siquiera el consuelo de ver los garrapatos del que amaba cada vez con mayor ternura.

En varias ocasiones había desechado proposiciones de

matrimonio, más ó menos ventajosas: un zapatero bastante acomodado había pretendido su mano; el dueño de un café muy concurrido quiso también tomarla por esposa, apreciando sus dotes de laboriosidad y recato; pero ¡faltar el á su compromiso! ¡Casarse como no fuera con Leonardo! Ni un solo momento le ocurrió semejante pensamiento: sería mujer del emigrado, ó moriría soltera.

En balde sus amigas, enteradas de lo que ocurría, después de censurar su proceder, la aconsejaban aceptase las proposiciones de sus dos adoradores: la joven, aunque había cesado de serlo, rechazaba tales consejos, indignándose al oírlos.

V.

Ha poco más de dos meses la parroquia del barrio de Maravillas ofrecía un aspecto inusitado: en todos los altares había luces y flores: el mayor estaba magníficamente iluminado: se iba á celebrar una boda de rumbo, y según decían el sacristán y los monaguillos á cuantos les preguntaban, el casamiento era entre un hombre muy rico y «una señora» muy conocida y estimada.

Poco á poco la iglesia se fué llenando de curiosos y desocupados, atraídos por la pompa desplegada para solemnizar la ceremonia.

—¿Quiénes serán los cónyuges?—preguntábanse unos á otros.

Los comentarios eran infinitos: las suposiciones diferentes y opuestas.

Aseguraban unos que se trataba de un Marqués opulentísimo, que daba su mano á una señorita ilustre: otros suponían ser el novio un banquero muy conocido en el distrito por su caudal y su lujo: en fin, no faltaba quien pretendiese que el futuro era un industrial famoso por su lujo y su boato.

Pero cuando á las nueve, poco más ó menos, se abrieron las puertas y apareció la nupcial pareja, todos quedaron atónitos, asombrados.

Los contrayentes eran dos ancianos: ella con el abundante cabello enteramente blanco, aunque conservando el semblante restos de peregrina hermosura: él enteramente desprovisto de pelo, y llevando en el rostro las huellas de largos trabajos y penalidades.

Los futuros esposos vestían trajes populares; pero ostentaban valiosas alhajas: ella pendientes de perlas y brillantes: él gruesa cadena de reloj y magníficos botones de perlas en la camisa.

Los padrinos pertenecían á la misma clase que los novios: parecían gente rica, aunque humilde.

Pronto circularon entre los presentes los nombres de los esposos: ella se llamaba Rosa Álvarez; él Leonardo Sánchez: la una era planchadora *retirada*: el otro hacía apenas un mes que había regresado de América con un capital de consideración, debido á haberle tocado el premio grande en la lotería.

Hé ahí la verdad: Leonardo, á pesar de su laboriosidad, de su honradez, no había conseguido realizar sus modestas aspiraciones, cuando una tarde le ocurrió tomar un billete

entero para el próximo sorteo, creyendo volverse loco al saber pocos días después que podía cobrar cincuenta mil duros.

No pensó entonces sino en tornar á la patria; en cumplir religiosamente sus promesas, sus juramentos.

Animado de tan nobles propósitos, hizo un viaje rápido y feliz: llegó á Madrid, fué en seguida á casa de Rosa, y le pareció que la encontraba tan joven y tan hechicera como antes.

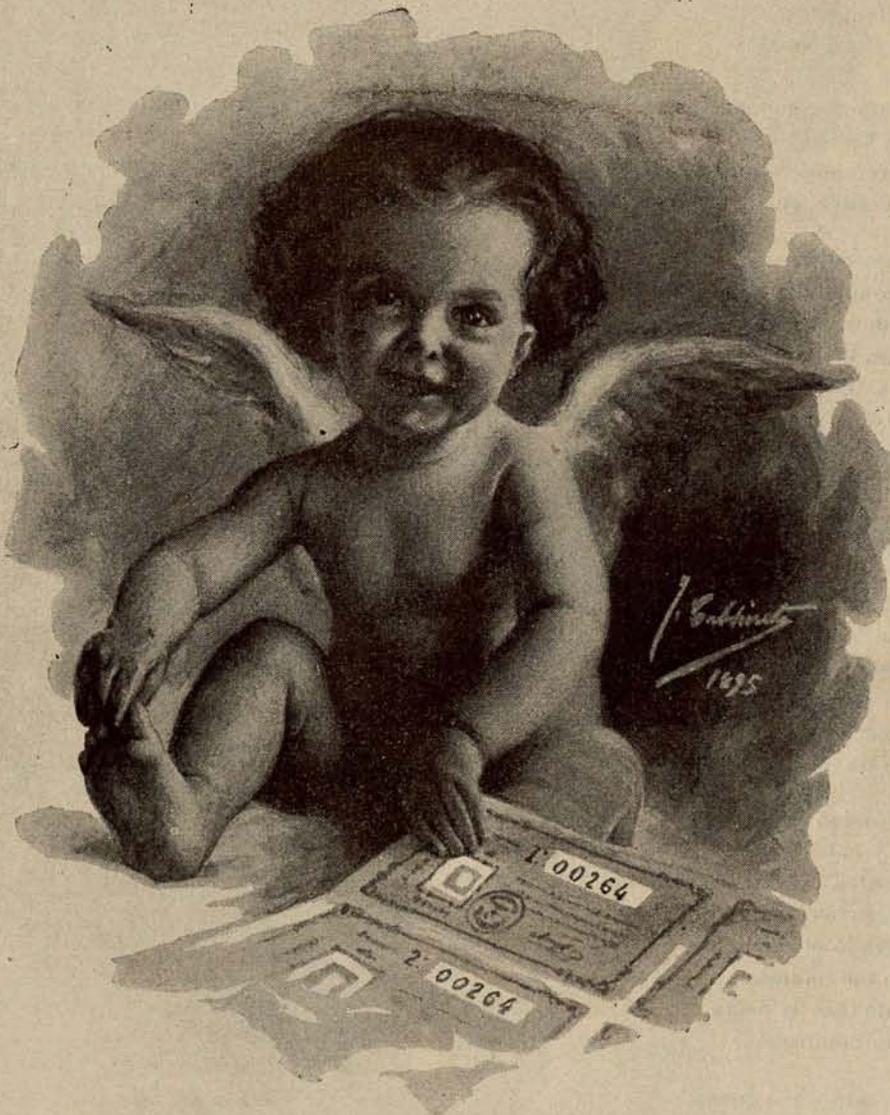
En el contrato matrimonial constaba que la novia tenía

sesenta años, y el que iba á ser «compañero de su vida», cuatro más.

Imagínese si la ceremonia nupcial llamaría la atención de los que la presenciaban, y si después se harían comentarios sobre *la juventud* de ambos consortes.

Lo que sabían poquísimo es que debían admirar caso tan extraordinario de consecuencia y de formalidad, digno de servir de ejemplo á la generación presente, que no se distingue por semejantes dotes y circunstancias.

RAMÓN DE NAVARRETE.



REMORDIMIENTO

Mostraba el rico Pascual
Muy amarilla la cara,
Como si en ella guardara
El oro de su caudal.
Ciertos rumores menguados
Hablaban á los oídos
De unos huérfanos vendidos,
¡Vendidos y envenenados!

Un público delirante
En el teatro aplaudía
La encantadora armonía
De una ópera brillante.
—¿No oís un grito siniestro?
¡Por Dios, hacedlo callar,
Que no me deja escuchar
La música del maestro!—

Al que agradarla logró
La muchedumbre aclamaba,
Y el triste Pascual rodaba
En su lujoso landó.
—¿No tienen hierros ni callos?
¡Cochero de Barrabás,
Ese grito suena más
Que el trote de mis caballos!—

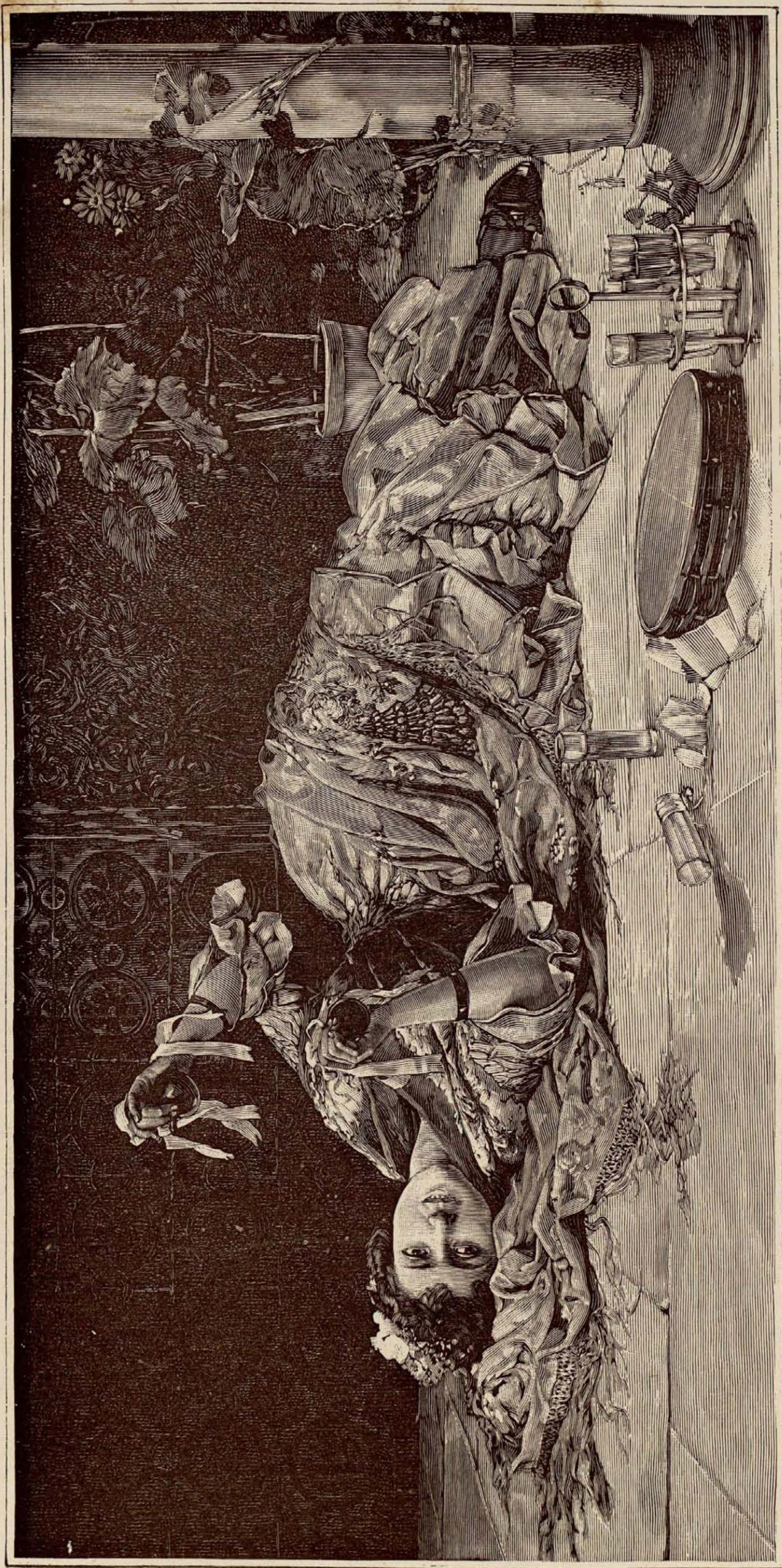
¡Cómo inundan los salones
Las damas y caballeros!
Los semblantes.... ¡qué hechiceros!
¡Qué ardientes los corazones!
Ha empezado el cotillón:
—Ese grito me molesta.....
¡Callad! ¡Que cese la fiesta,
Que cese por compasión!

—Esposo mío, ¿qué tienes?
¿Cometiste algún delito?
—Mujer, ¿no escuchas un grito
Que me taladra las sienas?
—No oigo nada.—Ten por cierto
Que el grito me llama ya.....
¡Perdón, Jesús mío!—¡Bah!
Estás loco.—(¡Estaba muerto!)

Lágrimas, rezos y flores
El féretro acompañaron.
Era rico, le enterraron
Entre espléndidos honores.
Pero la maledicencia
Poco tardó en murmurar:
—¡Ha muerto por no escuchar
El grito de su conciencia!

JUAN TOMÁS SALVANY.





ALEGRÍA.—CUADRO DE D. RAFAEL ARROYO FERNÁNDEZ.

LA CHARCA

CUENTO..... FABULOSO

I.

El agua de la charca, caldeada por el sol, estaba deliciosa, y ranas y pececillos tomaban un baño de placer. Los caballos del diablo patinaban sobre la superficie sin mojarse, y las avispas alargaban la trompa para beber, posando sus zancas en los guijarros de la orilla. Una vegetación vercosa formaba islas flotantes en aquel agua tranquila, rodeada de playas arenosas, de piedras en acantilado ó de juncos y hierbajos. Era un mar en miniatura, cuyo espejo reflejaba el tronco y la copa de un peral y los caprichosos dibujos de una zarzamora. Millares de insectos rebullían alegremente tomando el sol, sin obligaciones ni cuidados, ó se refrescaban en la humedad y reposaban á la sombra de las hojas. Sólo las hormigas trabajaban á lo lejos, dirigidas por sus jefes, en correcta formación, y algunos gusanillos se divertían en verlas desfilar como nuestros muchachos cuando pasa un regimiento.

Era la hora de más calor de un día canicular, y se apeaban de los perros, cabras y otros animales que pasaban á lo largo toda clase de insectos, cuando de la panza de un gato que se estaba lamiendo al sol saltaron á la arena cuatro pulgas, una de ellas jamona y bien cuidada, y las otras pequeñas y deslucidas, pero retozonas y traviesas.

—¡Quietas, niñas!—decía la mamá:—no deis esos brincos, que vais á extraviaros; considerad que sois tres señoritas y que os observan los que veranean en la playa. Van á creer que os habéis criado al aire libre, cuando sólo os he dejado asomaros á la naricita del gato.

Pero las pulguitas, en vez de seguir consejos tan prudentes, daban saltos prodigiosos, asombradas de su elasticidad y ligereza, no reparando si caían en la cabeza de un gorgojo ó en el duro coselete de algún escarabajo.

—¿Son de usted esas negritas que están dando tanto escándalo?—dijo un ciempiés á la pulga gordinflona.

—Se han criado conmigo por lo menos.

—Pues me han nublado un ojo, metiendo en el una pata; por lo que digo que ni ellas ni usted tienen vergüenza.

—Quien habrá metido, no una, sino muchas docenas de patas, es usted, que necesitaría un almacén para calzarse. ¡Mala lengua!

—¡Bruja!

—¡Patón!

—¡Chupagatos!

—Repáre usted que soy una señora.....

—Haya paz—dijo un sambenito abriendo su charolado manto rojo.—Todos tenemos nuestros defectos y nuestras cualidades. ¿Á qué fijarse en lo malo únicamente? Usted, señora pulga, confiese que este caballero ciempiés será difícil que salga nunca al campo con muletas; y usted, caballero, póngase á los pies de esta dama y declare que sus hijas son tres morenitas muy graciosas.

—No estoy para perder tiempo en disputas; ¡ay, que esas locas me están dando cada susto!..... Creí que la mayor se ahogaba....., pero..... ¡lo que saben esas niñas! Veo que me pueden dar lecciones. Usted lo pase bien.

Y se perdió de vista en cuatro brincos, mientras el ciempiés lanzaba juramentos; el sambenito alzó los élitros, y desplegando las alas que guardaba para las grandes ocasiones, voló á un peral para alejarse de aquel mal educado.

—¡Calle! ¿Usted por aquí, señora?—exclamó al ver una cabecita que asomaba por un agujero redondo abierto en la cáscara verde de una pera.

—Bien venido sea usted—respondió una lombriz rosada; aquí vivo sola en esta fruta; ¿quiere usted probarla?

—Gracias; he almorzado uvas.

—No le digo que pase adelante, porque no cabría usted; no tengo más habitación que un pasadizo.

—¿Y cómo ha venido usted tan á menos? Yo que la he conocido cuando tenía usted palacio.

—Como que me he criado en un melón. ¡Qué quiere usted!..... El viento me ha arrastrado. Pero vivo contenta; esta casita es muy alegre y tiene vistas al mar.

—¿Por qué no baja usted á la playa?

—Porque hay mucho lujo y estoy casi desnuda; ¡cuidado si van compuestas las avispas! Moscas he visto luciendo corpiños de oro viejo, y orugas arrastrando terciopelo leonado.

—¡Si hoy va á la playa todo el mundo! hasta los gorgojos que me dan lustre en las botas me han pedido licencia para baños. Creo equitativo que se den lustre alguna vez. ¿Eh? ¿Quién me toca?..... ¡Ah! Felices, señor moscón.



RETRATO DE LA SEÑORITA P. B.—CUADRO DE SOROLLA.

—Dispéñseme usted; como soy corto de vista, tropiezo en todas partes.

—Pero no se le oculta ninguna noticia siendo mala. ¿Ocurre algo?

—No me es posible revelar lo que sucede.

—¿Es desagradable?

—Gravisimo.

—Vamos; ¿qué es ello?

—Pueden oírnos. ¡Adiós!

Batió el moscón las alas y se perdió por entre las hojas murmurando, mientras decía el sambenito:

—Ese moscón siempre anuncia males, y el caso es que acierta casi siempre.

En aquel momento, todos los hilos que las arañas habían extendido por el árbol vibraron á la vez, como si muchas manos ocultas tirasen de infinitas campanillas.

—Las arañas se comunican entre sí—dijo la lombriz;—¿se habrá dejado prender en sus redes el moscón?

—¿Conque hay arañas, y yo aquí tan tranquilo?..... repuso el sambenito disponiéndose á volar.

—Si son muy buena gente; siempre las veo con la rueca y nunca dejan la labor.

—¡Adiós, señora!

Y mientras los timbres de alarma funcionaban, bajaban muy tranquilos á la playa, por el aire, por ramas y veredas los insectos más lucidos y elegantes.

II.

Los caracoles arrastraban sus mantos por la playa con coquetería femenina, ó amenazaban varonilmente á los enemigos enseñando los puños, según el capricho de su naturaleza bisexual. Algunos escarabajos jugaban á los bolos; las relucientes cucarachas se daban charol entre los menudos parásitos, que admiraban su tamaño, y los gusanos culebreaban por la arena con sus más graciosos movimientos de cintura. Los insectos alados revoloteaban imitando el volar de las mariposas, ó movían las alas á manera de abanicos para darse aire; algunos músicos ambulantes pedían limosna entre los grupos; bandadas de mosquitos se divertían gritando junto al agua, y algunos piojos, paseando con gravedad, se daban tono de señores entre aquel mundo elegante, donde las bellas lucían trajes verdes, encarnados, azules y pajizos.

Las gorgojas, entremetidas y fisgonas, criticaban los adornos y disputaban si era más elegante para lutos el negro-escarabajo ó el negro-cucaracha.

Los tábanos no dejaban honra con pellejo, y en un grupo de cínifes cada cual publicaba sus conquistas.

—¿Dices que estás citado con una mariposa?—preguntaban al más ligero.

—Y el que lo dude puede acompañarme; me ha prometido enseñarme una tela de grana que posee.

—Eres un embustero; las mariposas no tienen tela.....

—No nos engaña, señores—dijo en el corro el más vejete;—es simplemente el engañado: ha tomado por mariposa una polilla.

Más allá, los aficionados al canto, sentados en la arena,

escuchaban con interés el concierto de las ranas, y aplaudían en su idioma las notas más profundas de los bajos.

—No hay voz como la de la rana—decía un zángano inteligente;—oiga usted esta romanza.

—No niego su mérito, pero la voz del moscón me parece más dulce y más velada.

—¡Bah! ¡bah! Eso es canto llano. Aquí hay más arte: oiga usted este número, ¿eh? Cada cual canta por su lado; y repare usted qué conjunto tan armónico; los ignorantes creerán que no hay compás y que cada voz hace su capricho y que el maestro está loco.....; pero fijese en este *crescendo*..... debe ser el pueblo de las ranas pidiendo rey.... ¡monumental! Ahora callan. Escuchemos. Nada; no se oye nada. ¿Qué más se puede pedir, musicalmente, á este silencio?

Un grupo de moscas hacía corro alrededor de una morra despachurrada.

—¿Qué tal el dulce?

—Exquisito: no se come mejor en las confiterías de Madrid.

—¡Ah! ¿viene usted de allí?

—Acabo de llegar en un coche-salón.

—Tendría usted buena cama.....

—He dormido en la calva de un ministro.

—¿Y qué tal viaje trajeron ustedes?

—Por mi parte bien: su excelencia ha debido estar algo molesto.

—Comamos otro poquito.

—Es lo único que se saca de la vida.

—¿Quién da esos gritos angustiosos?

—¡Ay, ay! que me desgarran mis alas de colores!—gritaba una mariposa que se había posado un instante en las hojas de la zarza.—¡Socorro!

—Es inútil acudir en su auxilio—dijo un abejorro.—No hay quien la pueda valer: la infeliz ha caído en poder de una garrapata, y esas no sueltan nunca lo que cae entre sus garfios.

—¿Quién piensa en esas lástimas?—dijeron las moscas;—comamos otro poco.

—Sí, y cuando estemos hartas, bailemos en el aire unos rigodones para volver á abrir el apetito.

—Señoras, ¿no hay una limosna para el grillo que improvisa?

—¿Versos? Recita versos nuevos.

El grillo, acompañándose con su cri-cri:

El viento es un suspiro
Con alas de color:
La música es un vaho,
La luz es un rumor
Sin olor.
El cielo es un casquete
Balsámico y sutil:
La tierra es una bola
De perlas y marfil,
En Abril.

—¡Bravo! ¡bravo!—repetían las moscas admiradas.—Esos versos no se entienden, pero gustan.

—¡Si no dicen nada! si son disparatados é insustanciales—vociferaba el abejorro.

Pero las moscas aplaudían.

El abejorro, buscando quien pudiera comprenderle, reparó en el ciempiés que no hacía coro á los demás, y le preguntó:

—¿Qué opina usted de toda esta gente?

—Hombre, por regla general, opino mal de todo, y aquí no veo ventaja ninguna en alabar nada de lo que estamos presenciando. Pero, si usted quiere, escribiré en la arena, no una opinión, veinticuatro opiniones distintas á la vez: para eso tengo veinticuatro extremidades.

—Es inútil. Tengo un criterio y me basta. Veo gentes dadas á la música, al baile, al lujo, á la glotonería, al juego.....

—Y otras que se divierten corriendo—añadió el ciempiés.

—Con permiso de usted, no creo que corren por diversión.....

—¿Qué dice usted?

—Que se oyen gritos; que se atropellan unos á otros.

—¿De veras?

—Sí, señor; se ha armado y hay carreras.

En efecto, un tropel de insectos huía en completa dispersión, llevando la delantera las curianas: los fugitivos derribaban cuanto hallaban al paso, escondiéndose en los hoyos, trepando por las ramas, y algunos, ciegos por el espanto, caían en el agua: los que tenían alas volaban más tranquilos, y el moscón aumentaba al pánico gritando por todas partes:

—¡Sálvese el que pueda! ¡Sálvese el que pueda!

III.

—Pero ¿qué hay?—preguntaba el ciempiés, corriendo sin acertar por dónde y desandando aturcido su camino.

—Una cosa gravísima—le dijo el abejorro que se había elevado para abarcar más horizonte:—se han sublevado las hormigas, y están cometiendo excesos. Todas las bocaminas de los hormigueros se desbordan y se extiende la inundación por todas partes como una mancha negra y circular; son innumerables: abiertas de tenazas y furiosas acometen, invaden, destruyen, saquean, insultan, roban y asesinan.

—¿Qué camino debo tomar?

—Han tomado todos.

—¿Cree usted que me respeten?

—Lo dudo: las he visto detener y sujetar á un alacrán.

Con su permiso, vuelo.

En aquel momento desembocaban por diversos lados, extendiéndose en círculo formidable, pero sin orden y como locas, miriadas de hormigas que ostentaban en sus frentes toda clase de despojos: ya un trozo de la armadura de un escarabajo, ya un jirón de seda desgajado de los telares de una araña; plumeros elegantes arrancados del copete de un insecto, briznas y estambres de moradas y cosechas des-

truídas. Otras hormigas, más feroces, levantaban en alto cuerpos desfigurados de cocos y pulgones y ensangrentadas cabezas de saltamontes y cigarras, y sacudían, arrastraban y despedazaban el cadáver de una oruga. Era el mundo pequeño tomando apariencias gigantescas y terribles.

El ciempiés comprendió que no tenía medio de escapar, y esperando á la turba, dijo con tono declamatorio:

—Hormigas: Admiro con entusiasmo vuestro triunfo porque soy de los vuestros; apruebo lo que hacéis, y sólo se me ocurre gritar: ¡Vivan las hormigas!

—¿Qué garantías nos das de que no mientes?

—Una prueba decisiva: que teniendo tantos pies no he querido huir.

—¿Y por qué tienes tantos pies?—repuso con ira un hormigón reconociéndole.

Se oyó un murmullo feroz, y el ciempiés sintió que le estrechaban.

—Confieso que la naturaleza abusó conmigo.

—¿No eres de los nuestros? Pues es preciso que te iguales á nosotras, que tenemos seis piés nada más.

—¡Sí, arrancádselos, ó que entregue la cabeza!

—Hermanas: Estoy dispuesto á sacrificar por vosotras una parte de mi cuerpo; contentaos con un par de patas.

—Ea, quitadle la mitad de las que tiene y acabe el regateo: ¡pronto! ¡Panza arriba! Ya sabéis, compañeras, hacédle solamente doce amputaciones.

El ciempiés tragaba veneno en silencio, proyectando la fuga con los doce piés que habían de quedarle.

—¡Aquí, aquí!—gritaron en otro sitio las hormigas.—Venid, que la tierra suena á hueco.

—Escarbemos, desenterremos, registremos—decían muchas á la vez.

—¡Llamad!

—Nadie responde.

—Arrancad las piedras de la fachada.

La fachada de las hormigas es el suelo.

—¿Qué queréis?—dijo al fin un gusano cuyos espantados ojos relucían en la obscuridad.

—Venimos á saquear vuestra despensa.

—Somos pobres; vivimos en comunidad y sólo comemos tierra; respetad nuestra clausura.

—Ya no hay respetos: vaciad esa gusanera, que nos hace falta vuestra piel para calzarnos.

Sólo los caracoles, pegados en el suelo y conteniendo el aliento, resistían impávidos el sitio de las hormigas; en vano mellaban éstas sus tenazas, y en vano trepaban por el muro resbaladizo: siempre caían por el lado opuesto de la cúpula.

—Dejadlos—decían las más sensatas;—son inexpugnables.

La invasión de la zarza fué la empresa más ruda y gloriosa: allí llegaron á sus límites el estrago y el tumulto. Las hormigas trepaban por las ramas y se extendían por los tallos y hojas, deshaciendo madrigueras, estrangulando vivientes y despeñando sus cuerpos: era inútil la resistencia que hacían con sus aguijones las arañas y alacranes; agobiados por el número, eran despedazados poco á poco. Todo quedaba estéril y desierto por donde subía la turba destructora: ni los gérmenes que palpitaban en los hueve-



cillos, ni los microbios confiados en el incógnito de su pequeñez eran perdonados. Las hormigas trepaban y trepaban talando y matando con cólera implacable.

IV.

Telegrama transmitido por una araña, desde las alturas de la zarza, á otra habitadora del peral, y por ésta á todas las arañas de la tierra :

«El orden ha quedado restablecido en la Charca; pero as víctimas y destrozos son incalculables. Fué un caso de locura colectiva que los sabios atribuyen á una influencia del tiempo. Las hormigas, tristes y cabizbajas, entran poco á poco en sus hoyos y los insectos salvados empiezan á asomarse á las ventanas. Se ha abierto una suscripción en favor de un ciempiés que perdió gloriosamente doce patas en defensa del orden: todas son de un mismo lado, y necesita, por consiguiente, doce muletas para andar.»

V.

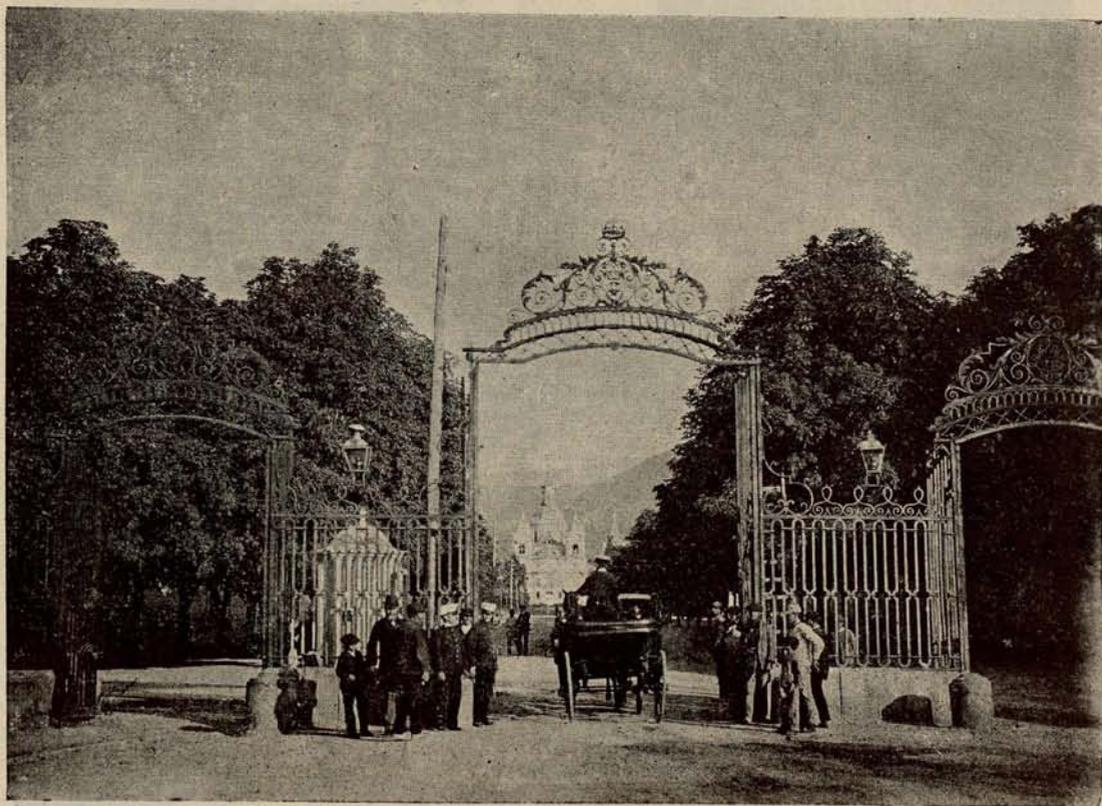
Dos días después no quedaban vestigios del saqueo: los pájaros se habían comido los cadáveres, todo había recobrado su aspecto de siempre, y las hormigas habían vuelto á la querencia de la sumisión y del trabajo, formadas en columna, según la disciplina tradicional, y obedeciendo de nuevo á sus jefes por la fuerza social de la costumbre. ¡Con qué docilidad ejecutaban las voces de los cabos, que gritaban:

—¡Pelotón! ¡Á la obligación! ¡Carguen el grano!

Formando contraste con la uniformidad de las hormigas, y como si nada hubiera sucedido, los insectos más brillantes bajaban á su recreo acostumbrado, alegres y compuestos.

Mirándolos á todos desde cierta altura, apenas había diferencia. Parecían dos hormigueros, uno que caminaba hacia la era, y otro que se dirigía hacia la playa: el hormiguero negro y el hormiguero de color.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA).—PUERTA DE SEGOVIA.

(De fotografía de D. Manuel Suarez Espada.)



MARIQUITA.—FOTOGRAFÍA DE LOMBARDI.

LOS GUANTES

CUENTO

I.

Juan y Pedro, hijos de un modesto comerciante, dedicáronse desde pequeños á la misma profesión que su padre; pero con tan diversa fortuna los dos, que mientras Juan lo realizaba todo á medida de su deseo, Pedro no hacía cosa que le saliera á derechas.

Quejábase de su pícara suerte y envidiaba la de su hermano, achacando sólo á la buena estrella de éste los excelentes negocios que hacía.

Condolido al fin Juan de la constante desdicha de Pedro, le llamó un día á su casa y le dijo así:

—Pienso emprender un largo viaje para poner en planta un negocio que considero segurísimo. Como no soy egoísta, y deseo tu bien tanto como el mío, voy á darte una participación.

—Gracias, querido hermano; eso era lo que yo ambicionaba, estar á tu lado, y disfrutar así de tu buena suerte.

—Eso no, de ninguna manera. Nuestros caracteres no armonizan: yo estoy siempre alegre y satisfecho, tú triste y cariacontecido; yo bendigo á todas horas mi estrella, tú maldices sin cesar de la tuya. Reñiríamos y se llevaría el diablo nuestro negocio. Vamos á hacerlo á la par, en idénticas condiciones, pero separándonos. De esta manera, si por desgracia ganas menos que yo, no tendrás derecho á quejarte.

—Estoy conforme: hagámoslo como quieras. Explicame de qué se trata.

—Escucha. Ya sabes que la fábrica de guantes de *Dedil y Compañía* se ha cerrado.

—Ya lo sé.

—Los géneros que tiene son muchos y buenos, los venden por ínfimo precio, y he decidido comprarlos. Tan baratos los ofrecen, que aun siendo muy costoso el viaje que hemos de hacer para venderlos, considero el negocio de pingües resultados.

—Lo que tú dispongas se hará; no quiero sino seguir tus indicaciones.

—Lo celebro, porque de ese modo saldrás ganando seguramente.

II.

Pocos días después los dos hermanos se despedían, embarcándose con rumbo distinto y citándose para una fecha fija en su casa, á donde volverían ambos para comunicarse el resultado de su aventura comercial.

Las dos poblaciones elegidas para realizarla eran de iguales condiciones, y en las dos se verificaban grandes fiestas en la misma época, la más adecuada para la venta de los guantes.

Juan, sonriente y lleno de esperanzas, abrazó á Pedro. Este, triste y sombrío como siempre, devolvió el abrazo á su hermano.

—¡Ganaremos mucho dinero, no lo dudes!

—¡Quiéralo Dios!

Y se separaron, Juan mirando el cielo azul, purísimo, que presagiaba una feliz navegación. Sólo una nubecilla oscura se destacaba en el horizonte. Era el único punto en que fijaba Pedro sus ojos.

III.

A pesar de sus zozobras, que duraron tanto como la travesía, Pedro desembarcó sin novedad, y halló la población ardiendo en fiestas. El gentío era inmenso, la animación extraordinaria, y todo hacía suponer que los comerciantes venlerían tanto como pudieran desear.

Pedro se animó algo con el general regocijo; alquiló una tienda, después de observar con gozo que no había en toda la población guantería alguna, y se dispuso á abrir los grandes cajones en que su mercancía estaba encerrada.

Abrió el primero y quedóse aterrado. ¡Todos los guantes eran de la mano izquierda!

Todavía abrigó la esperanza de que los correspondientes

á la mano derecha estarian en los otros cajones; pero al abrir éstos con febril impaciencia, vió que su desventura era cierta é irremediable. Por un error difícil de explicar, habían colocado los guantes de la diestra en los cajones que Juan se llevó, y los de la siniestra en los de Pedro.

—¡Ay!—exclamaba éste en el colmo de la desesperación;—yo tengo la culpa, yo soy responsable de la desgracia de mi pobre hermano, víctima de esta equivocación incomprensible. Yo le hice partícipe de mi mala suerte por el solo hecho de realizar con él un negocio á medias. Ahora se convencerá de lo funesto de mi estrella y de que me quejo con razón. Pero siempre, siempre y en todo he de ser más desgraciado que él: á mi me han tocado los guantes de la mano izquierda, la de la mala suerte.

Y hondamente preocupado con su desdicha, cayó enfermo y en los delirios de la fiebre veía que los guantes inflados y vagando por el aire venían á darle bofetadas.

De milagro sanó, y convaleciente ya, pero muy débil todavía, embarcóse de nuevo con rumbo á su país, á donde iba á llegar pobre y desesperado, para encontrar allí seguramente tan desesperado y pobre como él á su hermano Juan.

IV.

Figúrese el lector la sorpresa de Pedro cuando al entrar en su casa vió que Juan sonriente y con los brazos abiertos salía á recibirle.

—Hermano mío, bien venido seas; al ver tu tardanza en regresar temí que hubieras muerto.

—¡Ay, Juan! Bien poco me ha faltado para morir. Y tú, ¿cómo estás?

—Muy bien, muy bien y contentísimo.

—¡Es posible! A pesar de la desgracia....

—¿Qué desgracia?

—La de los guantes.

—¡Ah! Sí, ¿la equivocación? Pero eso no ha sido una desgracia.

—¿Cómo?

—Al menos para mí.

—No salgo de mi asombro: ¿los has vendido?

—Todos. ¿Y tú?

—Yo ninguno. Ahí los traigo, para unirlos con los tuyos y venderlos juntos en otra ocasión.

—Ya no es posible, porque yo los despaché todos.

—Eso es el colmo de la suerte. ¿Me negarás ahora que eres el niño mimado de la fortuna? Por lo visto, ¿el país á donde fuiste es tierra de mancos?

—¡Necio! Yo si que no soy *manco*, y por eso, sin arre-

drarme ante las contrariedades, sé vencerlas y hasta aprovecharlas.

—Explicame lo sucedido.

V.

—Llegué al término de mi viaje y me dispuse á la venta de la mercancía, cuando al notar la inesperada equivocación me quedé atónito.

—Como yo.

—Tenía hechos todos los gastos para el comercio y alquilada la tienda....

—Como yo.

—¿Qué hacer? ¿Cómo salir de compromiso tan grave y tan imprevisto? Por lo pronto creí que mi desdicha no tenía remedio.

—Como yo.

—Pero comprendiendo que, si no lo tenía, era inútil desesperarse, me acosté y dormí.

—Yo me acosté y no pude cerrar los ojos.

—A la mañana siguiente desperté con una idea luminosa: la almohada, como siempre, había sido mi gran consejera. Aquella misma tarde en todas las esquinas de las calles de la población se hallaban pegados grandes anuncios que decían lo siguiente:

GUANTERO DE PARÍS

¡GRAN NOVEDAD! ¡ÚLTIMA MODA!

¡GUANTES PARA LA MANO DERECHA!

—¿Y qué?

—Que la gente acudió al reclamo, que la novedad fué bien acogida, como procedente de París, y que pocos días después no me quedaba un solo guante. Cada uno de los vendidos me valió algo más de lo que me habrían dado por cada par completo.

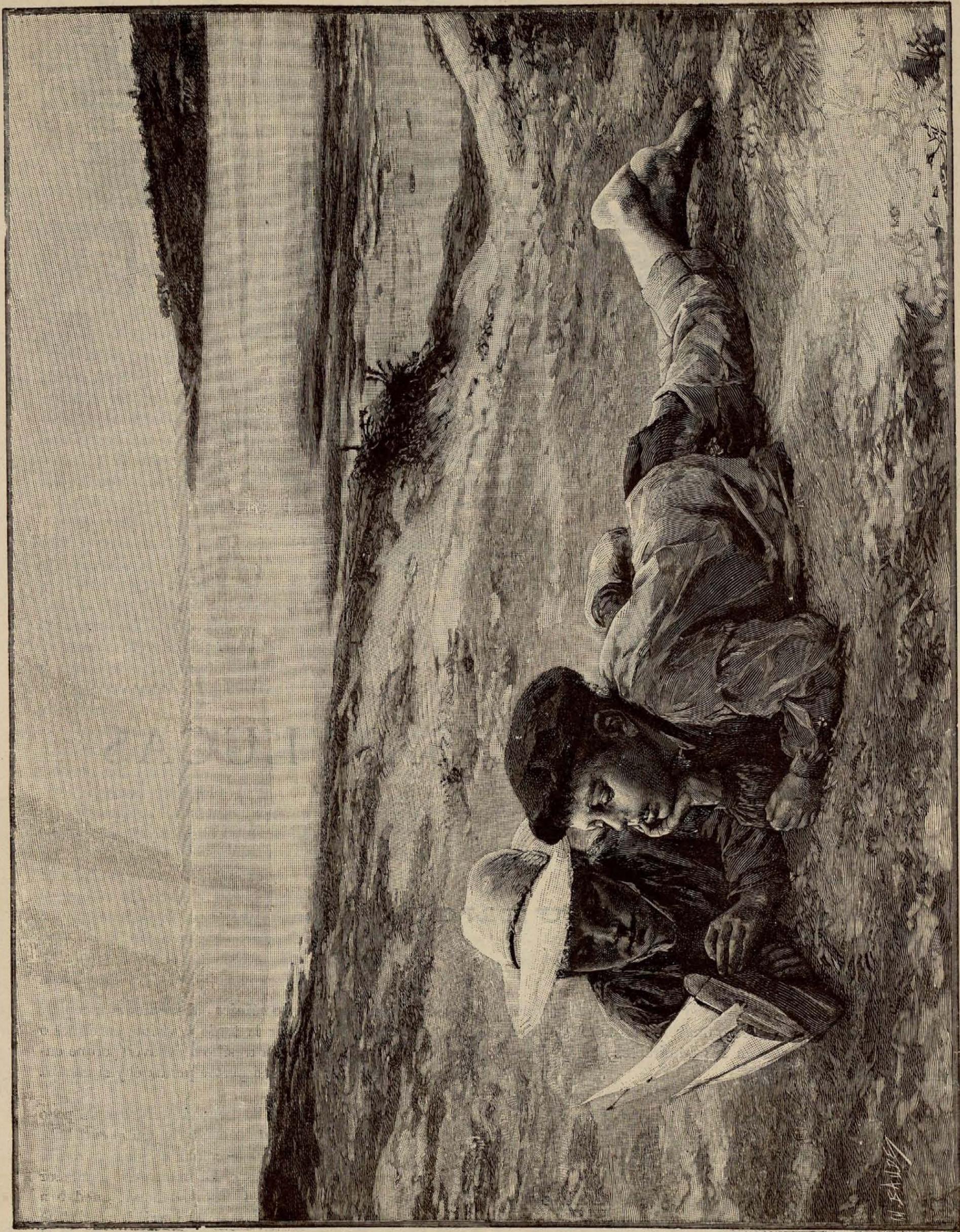
Quedóse Pedro silencioso, y cuando Juan, halagado en su amor propio, creía que su hermano admiraba en silencio el ingenio comercial que revelaba su rasgo, dijo así:

—Está visto; tienes una suerte fabulosa.

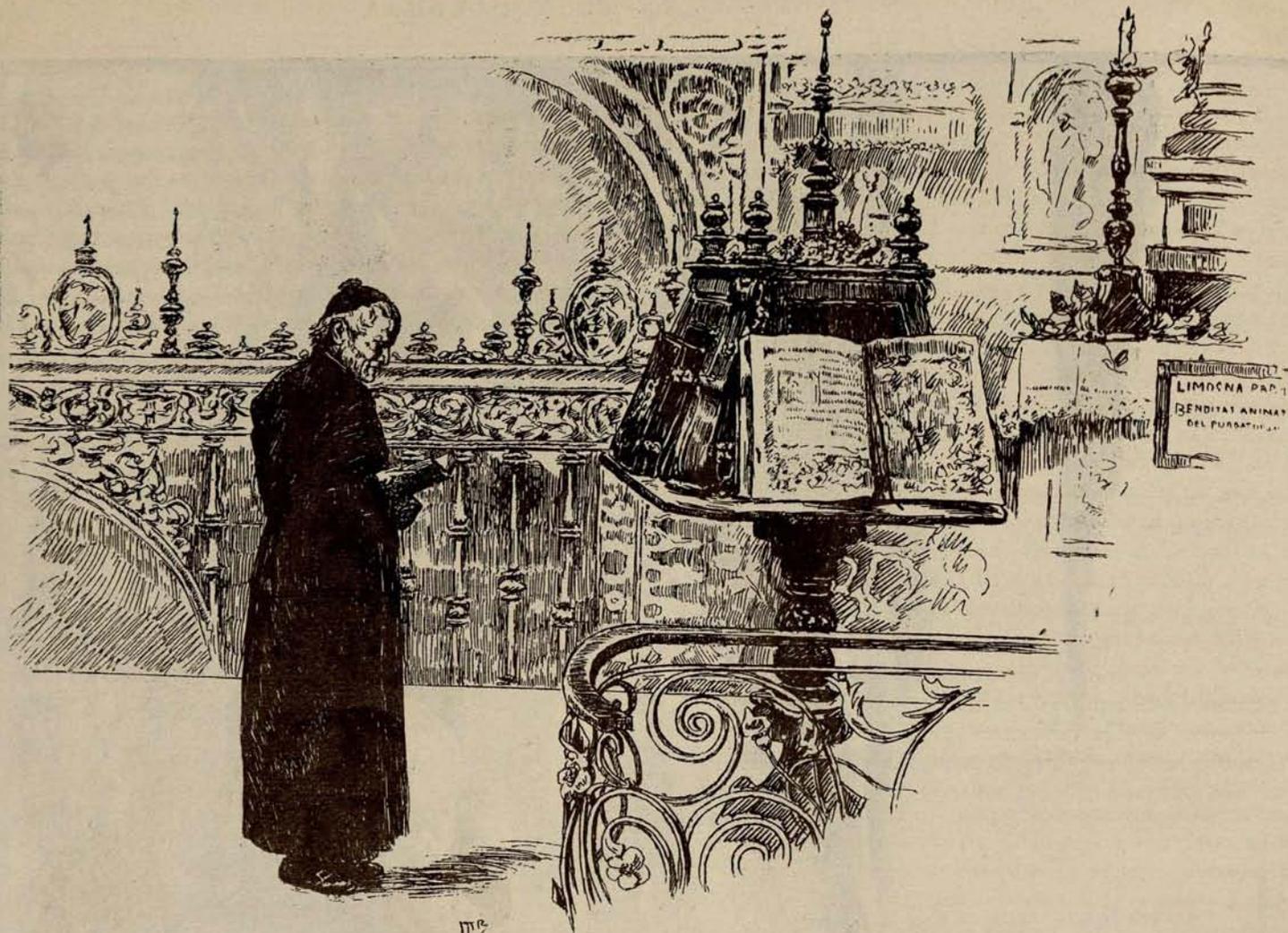
Como todos aquellos incapaces de inventar nada, Pedro atribuía á la suerte lo que era producto del talento.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.





EN LA PLAYA.—CUADRO DE SOUSA PINTO.



EL CURA DE SAN LUCAS

(CUENTO)

En una de esas poblaciones que no son tan pequeñas como un pueblo ni tan grandes como una ciudad, había un cura párroco á quien las gentes en sus admirables sincopas biográficas llamaban *un bendito*.

Frisando con los setenta años, de noble figura, rostro placentero y sencillos modales, se hacía respetar cuando era oportuno y querer en todas circunstancias. Su trato con los feligreses procedía siempre de menor á mayor, es decir, que era más afectuoso con el memorialista ocupado en escribir cartas á las criadas, que con el jurisconsulto encargado de dirigir los negocios de los señores.

Su vida hubiera sido monótona para otro menos diligente y propenso al bien. Por la mañana su misa, después el con-

fesonario, luego los rezos de rúbrica, al mediodía á comer, su siesta acto continuo; por la tarde á visitar enfermos ó menesterosos, y á la noche su tresillo á ochavo (porque entonces había ochavos) donde si perdía perdía él y si ganaba ganaban los pobres.

Por cierto que eso del tresillo llegó á perturbar un poco su conciencia hasta el punto de consultarlo con el cura ante quien confesaba. ¿No sería mejor abolir el juego y dar lo que podía perderse á los pobres? El compañero confesor fué de dictamen que repartiendo las ganancias, quedaban los pobres compensados; pero á él se le ocurrió la réplica de si las ganancias del juego eran buena limosna, pues á tal ascendían los escrúpulos morales del sacerdote.

Y, sin embargo, él era injusto con San Lucas, á cuya advocación pertenecía su parroquia. No quiere esto decir que desdeñase al evangelista, sino que sus predilecciones eran evidentes por las *Ánimas del Purgatorio*. Cuando algún feligrés le encargaba una función de iglesia le inducía á que fuese en sufragio de las *Ánimas*; no había boda, ni bautizo, ni entierro de que las *Ánimas* dejasen de sacar partido por consejo del cura; él oficiaba con preferencia en el altar de las *Ánimas*; la mayor cantidad de aceite y las velas más gordas ardían en las lámparas y candeleros de las *Ánimas*; ¡qué de responsos, qué de flores, qué de novenas y triduos por las *Ánimas benditas del Purgatorio*! ¿Obedecería esto quizá á su doctrina de amar á los débiles sobre los fuertes? ¿Era tal vez un poco monomaniaco el señor cura?—El célebre abogado de la población, con tener cierta tacha de increíble, decía que en aquello había algo de egoísmo, porque el cura de San Lucas era el propio un *ánima bendita*.

Ello es que, aparte de esta casi chochez, el cura disfrutaba de todos los prestigios de la bondad. Dirimía contiendas de familia, cortaba pleitos incipientes, acercaba corazones dispersos, y en más de una ocasión le debieron sus conciudadanos hasta resolver cuestiones de orden público. Lo que no arreglaba el cura de San Lucas no lo arreglaba nadie.

Sobre todo, en asuntos religiosos era una potencia. Ya podían darle moribundos impenitentes ó simplemente fríos: él los calentaba y persuadía con su sencilla oratoria en términos de que no se le escapaba ninguno. Ese mismo abogado á quien se aludió antes, doceañista y casi ateo, aunque hombre de rectitud y de fibra, enfermó una vez con peligro de muerte. El cura de San Lucas se presentó desde luego en su casa con la pretensión de hablarle á solas.

—¿Viene usted á fastidiarme?—le dijo trabajosamente el enfermo.

—Al contrario—respondió el cura:—vengo á facilitarle á usted que haga lo que se le antoje, evitando que otro le moleste con sus visitas.

—Y ¿cómo es ello?

—Pues nada: usted seguirá creyendo lo que quiera, pero como de seguro no quiere el escándalo, impropio de un hombre de las condiciones de usted, ahora salgo y digo que se ha confesado; voy á la parroquia por la Eucaristía y usted la recibe ó no, para mí es lo mismo; el pueblo aplaude y los devotos se tranquilizan: ¿qué va usted perdiendo en esto?

—¡Pero, señor cura!—exclamó el paciente incorporándose en la cama con ademán airado:—¿por quién me toma usted á mí? ¿Me cree usted capaz de una superchería semejante? Primero me allano á que haga usted de mí lo que quiera.

—Pues ¡de rodillas, penitente!—gritó el sacerdote con voz de mando—y á depositar en mi oído sus culpas y su arrepentimiento.

Debió decir el cura estas palabras con tan eficaz energía, que el enfermo se abrazó á su cabeza permaneciendo largo rato en comunicación con él. En seguida fué absuelto, y poco más tarde trájole el párroco solemnemente la sagrada Forma, que el moribundo recibió contrito entre el asombro de cuantos le rodeaban.—Al salir del aposento, y antes de entonar el *Te Deum laudamus* del ritual, hubo quien le oyó decir al cura:—«¡Pues no hubiera faltado otra cosa!»

Campañas de esta especie se le presentaban al bondadoso

sacerdote todos los días. Habíalas de diferentes clases, como, por ejemplo, la que le promovió una antigua sirvienta de la mayordoma de *Ánimas* de la parroquia. Era esta última una mujer entrada en años, de sangre azul y tostados pergaminos, más rica de vanidad que de bienes, autoritaria y casi despótica con sus inferiores. El cargo que desempeñaba en la iglesia la hacía grande amiga del párroco, aunque con la distancia propia de quien venera al ungido muy por encima del hombre. La viuda del mayorazgo, que así se le decía en la población, echaba de menos que el señor cura no fuera *de clase*; pero aun así las *Ánimas benditas* y las mutuas virtudes les unían en una especie de sagrado consorcio.

Sucedió, pues, casa de esa señora que al cabo de más de cuarenta años de servirla lealmente puso en la calle á la que cuando niña le dió el pecho y que durante casi medio siglo fué más que su sirvienta su esclava. Era de ver la pobre vieja asida á las manos del cura cubriéndolas de besos y de lágrimas catástrofe. El cura, impresionado, en efecto, corrió casa de la mayorazga á poner paz; pero ella con malos modos le salió al encuentro diciéndole:



—¿Viene usted ya á tomar parte en los chismes de esa bribona?

Porque todo el que va á hacer un bien en casa ajena es ordinariamente mal recibido. El cura, sin embargo, que conocía á la señora, replicó con calma:

—Ni esa infeliz mujer es una bribona, ni los dolores del corazón pueden ser chismes.

—Pues yo soy la dueña de mi casa y hago en ella lo que quiero.

—Es que el dueño de una casa no está autorizado para hacer en ella lo que quiera, sino lo que deba. ¿Por qué des- pide usted á esa anciana?

—Por ladrona.

—¡Imposible! ¡Ella robar! ¿Qué es lo que ha robado?

—Cinco duros en oro de ese cajón.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Es la primera vez?

—La primera, que yo sepa, en cuarenta años.

—Pero ¿no me tiene usted dicho, señora, que nunca ha cobrado su salario entero, y que le guarda usted casi un capital? ¡Cómo se comprende entonces!....

—No se venga usted con argumentos especiosos, señor cura: está confesa y convicta.

El sacerdote se dirigió en ademán interrogante á la pobre vieja, que de rodillas y anegada en llanto se asia á los vestidos de su señora, y la oyó expresar confusamente estas palabras!— «¡Tiene razón, tiene razón!»

—Pues ahora—dijo el cura revistiéndose de ese carácter que empleaba en casos difíciles—ya no me conformo con lo que aquí se ha hablado; necesito explicaciones concretas. ¡Ya no soy amigo, no soy clérigo; soy juez!

La viuda del mayorazgo, sobrecogida por tan severa actitud, se prestó á referir lo que había ocurrido.—Aquella vieja estúpida tenía un nieto á quien había dado en amar como si el muy bribón se lo mereciese. Todas las cantidades que deducía de sus ahorros eran para el nieto, el cual se hizo haragán, pendenciero, vicioso y endemoniado. En tal situación le tocó la quinta, y aun quería la abuela gastar 6.000 reales en redimirle la suerte; pero la señora se opuso, negándole el dinero. Consideraba ella preferible que lo domaran en el servicio del Rey, y, si esto se conseguía, á la vuelta

encontraba un capital para hacerse hombre. ¡Los disgustos que les proporcionó el mozo mientras tanto! Llegó la hora de entrar en caja, y el quinto exigió con malos modos cinco duros para el viaje. La señora los negó también, porque temía que se gastaran en la taberna y se le declarase prófugo. Había que dejarlo ir á palo seco. La vieja lloró mucho: ¡era natural! Lo que no lo era tanto es que con abuso de confianza sustrajese del cajón de una cómoda, que sólo ella podía abrir, lo moneda de oro que le entregó al nieto.

Concluido el relato que se extracta, el cura condujo á la señora á un gabinete próximo, cuya puerta cerró, y con tono solemne dijo:

—Hay que perdonar á esa mujer.

—¡Perdonarla!

—Sí, perdonarla. ¿Me tiene usted por hombre honrado?

—Como no hay otro.

—¿Me considera usted capaz de una acción semejante?

—Primero dudaría de mí propia.

—Pues bien, señora: yo llevo conmigo un torcedor que me amarga la existencia.

—¿Cuál?

—Una vez me encontraba en tan grande apuro de dinero, que saqué media onza del cepillo de las *Ánimas benditas*.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

